

Aniceto Blasco y los veinticinco años de "Los Chachos"

De doce que eran en sus inicios, ahora llegan a quinientos

En el mundo de las peñas vaquilleras, ha sido este año un acontecimiento el 25 aniversario de «Los Chachos». No hemos querido pasar este hecho por alto y hoy, en esta sección que dedicamos a todos aquellos que han aportado su granito de arena a la fiesta de la Vaquilla, tenemos a Aniceto Blasco, fundador junto a un grupo de amigos de esta peña que el sábado sale a la calle por vigésimoquinta vez. Aniceto ha sido presidente de la misma desde el año 57 al 62. Veamos qué nos cuenta este vaquillero «de toda la vida», según sus propias palabras.

—¿Cómo llegaste a ser presidente de la peña?

—Nos juntamos un grupo de amigos, entonces mocosos de catorce o quince años. Eramos todos vecinos de la zona del mercado y el Tozal, y decidimos hacer una peña. Nos metimos en un granero, que fue el primer local que tuvimos, sin luz ni ninguna de esas cosas. Me dijeron que fuera yo el presidente ya que parecía el más animado. Y así me dieron el cargo, sin más.

—Ahora que la peña ya tiene 25 años. ¿Cómo la ves? ¿Qué cambios encuentras?

—Nosotros empezamos con do-

ce y este año creo que van a ser casi quinientos. En esto veo que ha ido hacia arriba. También, precisamente tengo aquí una crónica que nos hizo Tomás Ortiz en el año 61, en la que digo que éramos setenta socios, y poníamos cada uno trescientas pesetas, lo que suman veintitres mil. Y hacíamos orquesta, cena, tejaños, meriendas y vino; con solo ese dinero. Imagínate hoy lo que supone eso.

—¿Es muy duro esto de ser presidente de una peña?

—Duro no. Lo que hay que tener mucho interés y saber manejar un poco a la gente, pues en las peñas la hay de muchas condiciones, pero duro no es.

—Y después de tanto tiempo, ¿la gente se sigue acordando de ti, que fuiste fundador de Los Chachos, y de todos vosotros?

—Sí, yo creo que sí que se acuerdan, sobre todo los del barrio este donde hicimos la peña.

—¿Cuáles son los mejores recuerdos que tienes de la Vaquilla?

—Como presidente, quizá sea la hermandad que reinaba entre los Chachos, porque me acuerdo cuando montábamos el local —antes las peñas se nacían así, no como ahora que van más por la calle—, se cuidaban todos mucho de adecentarlo. Teníamos uno que nos lo cedió don Rogelio Mahorad, que en paz descanse, precioso. Era un trozo de muralla que no se abría al público, donde hay un cuadro de cerámica muy antiguo. Lo adornábamos muy bien y quedaba muy bonito. Trabajábamos como locos y nadie daba el caño. Allí íbamos todo el mundo desde que terminaban las ferias de mayo hasta que empezaba la Vaquilla para prepararlo y cada año intentando superar al anterior.

—¿Han cambiado mucho las vaquillas desde entonces?

—Sí, en 25 años ha cambiado. Pero veo la Vaquilla siempre igual. Son el toro, la alegría y sobre todo las peñas, que creo son el alma de las vaquillas. En cuanto al comportamiento de la gente, sigue siendo el mismo. Quizá los años 67, 68 y 69, fueron unas fechas que hubo demasiado gamberrismo, un momento de mucho lío. Pero luego se ha apaciguado la cosa y a vuelto a ser igual que antes.

—¿Nos puedes contar alguna anécdota de vaquillero?

—Anécdotas hay muchas y no pararíamos de contarlas, pero hay una que no se me borará nunca. Habíamos terminado de correr los toros por la mañana y nos reuníamos entonces en el local a comer higas con cazalla. Habíamos un grupo bastante majo y, cuando estábamos comiendo entraron dos matrimonios alemanes, ya mayores. Ya sabes que esos días en Teruel todo es de todos y una de las señoras quiso beber algo. Entonces salió alguien con una botella de refresco, Kas o algo así. Pero dentro llevaba cazalla que habíamos comprado capaz de resucitar a los muertos y se lo ofreció a la mujer. El susto fue morrocotudo, porque la mujer se nos cayó redonda. ¡Claro, se creía que era agua...! El caso es que estos hombres, luego se portaron maravillosamente, pasaron toda la Vaquilla con nosotros. Un componente de la peña se fue a Alemania con ellos, y estuvo todo el mes de julio en su casa.

—Por último, ¿Te gustaría añadir algo más?

—Sí, yo guardo un recuerdo muy especial para los amigos que han desaparecido ya, de la peña de los Chachos; dos grandes chicos y dos grandes amigos que han muerto. Son Pedro Pemón «Chiquitinas», como lo conocíamos todos, y Constantino Calvo, «Titín». Sentí mucho la pérdida de ellos.

A Aniceto Blasco le acompaña la historia de «Los Chachos», y una larga vida de experiencias vaquilleras. Estas son sus palabras, las de un hombre que siempre ha estado en «el tapo».

Javier